

A close-up portrait of a man's face, looking directly at the camera with a serious expression. A thick, vertical black line is drawn through the center of his face, passing through his eyes and nose. The lighting is dramatic, with deep shadows on the sides of his face.

JOSH CLARE

**POSEÍDO POR
DEMONIOS**

THRILLER

PRÓLOGO

Diez años antes

Sophie estaba sentada en su escritorio, con la vista fija en los deberes. Los números y las fórmulas se desdibujaban ante sus ojos agotados. La oscuridad ya se había cernido sobre las calles, mientras fuera el frío viento otoñal golpeaba sin cesar los cristales. El sonido del timbre rasgó la quietud. Nada extraordinario, las visitas de los vecinos no eran raras en casa de sus padres. Pero lo que siguió fue de todo menos corriente: voces alteradas. Luego un golpe sordo y pesado, como si algo macizo se desplomara. Vajilla haciéndose añicos al estrellarse contra el suelo. Una voz de hombre desconocida. Y de repente, silencio. Un silencio opresivo, asfixiante, que contenía algo a punto de estallar.

Y entonces, atravesó la noche. El grito. Aquel grito de agonía y desesperación de su madre que en ese instante se le clavó en el alma y que jamás olvidaría. A Sophie se le cayó el bolígrafo de entre los dedos. Con la boca abierta, escuchó atentamente hacia la planta baja de la casa, esperando con todas sus fuerzas que hubiera una explicación inofensiva. Que allí abajo todo estuviera bien, que su mundo siguiera intacto. El pulso le retumbaba en los oídos.

Sophie se levantó y se deslizó sigilosamente hasta la puerta. La abrió con cuidado, una rendija. El miedo le trepó por la columna vertebral, un miedo como nunca antes lo había sentido. Algo se estrelló contra el suelo, ¿quizá una silla? Sus pensamientos se agolpaban. ¿Debía bajar? Vaciló. Le pareció que pasaba una eternidad mientras luchaba

consigo misma. Tras unos segundos que se sintieron como horas, susurró: —¿Mamá? —Su voz fue apenas un hálito tembloroso. No hubo respuesta.

Haciendo acopio de todo su valor, salió al pasillo. Bajó la escalera, peldaño a peldaño. La suave alfombra amortiguaba cada paso de sus pies descalzos. Al llegar abajo, dirigió la mirada a la izquierda. En la penumbra, una figura inmóvil yacía en el suelo, rodeada de un charco oscuro y brillante. Sophie retrocedió de un respingo. ¿Era su padre? El miedo y la conmoción le llenaron los ojos de lágrimas.

Un ruido procedente de la cocina atrajo su atención hacia la derecha. Junto a la mesa, un hombre con un abrigo negro sujetaba a su madre por el cuello. Las miradas de su madre y la suya se encontraron. Sophie reconoció al instante el terror puro en sus ojos. Al momento siguiente, el hombre alzó un martillo y golpeó.

Por una fracción de segundo, a Sophie le vinieron a la mente los divertidos dibujos animados de los sábados por la mañana, en los que los personajes se golpeaban en la cabeza con mazos de madera. Qué absurdo. La escena que tenía delante no tenía nada de divertido. Era real.

La sangre de su madre salpicó la pared y el techo, pintando un patrón rojo sobre el papel pintado blanco. Entonces él volvió a alzar el brazo y el crujido chapoteante que siguió se le grabó a fuego en la memoria.

Un grito brotó de Sophie; quiso apartar la vista, pero no pudo. Siguió gritando. El hombre se percató de su presencia. El cuerpo sin vida de su madre se deslizó de la mesa como el de una muñeca y quedó inmóvil sobre las baldosas, mientras él se apartaba y caminaba hacia Sophie.

Quiso echar a correr, pero su cuerpo no le respondió. La conmoción la había paralizado por completo. Solo pudo observar cómo él se abalanzaba sobre ella, la agarraba y la levantaba en vilo hasta que sus pies quedaron colgando en el aire. Su mirada estaba cargada de ira y locura.

Pero de repente, su semblante cambió. La miró fijamente, asustado. —Eres pura, lo veo en tus ojos —murmuró. La bajó y la apretó con fuerza contra los escalones de la escalera—. Voy a protegerte. De los demonios. —Sacó una cuchilla del bolsillo.

Sophie chilló, defendiéndose con desesperación. Pero su fuerza era abrumadora. Le agarró la mano izquierda, levantó la pierna y le presionó el pecho con la bota. El aire se le escapó de los pulmones. Ya no podía moverse. Su campo de visión se llenó de puntos de luz parpadeantes, se le cortó la respiración.

Con la cuchilla, grabó algo en el dorso de la mano de Sophie. Tan profundo que la sangre caliente goteó en oscuros torrentes desde su mano hasta la alfombra clara. El dolor ardiente era insoportable. —Esto te protegerá. Ahora llevas la marca. Ahora eres especial —anunció, y por fin la soltó. Una sonrisa perturbadora se extendió por su rostro, como si acabara de entregarle un valioso regalo. Sophie temblaba de pies a cabeza y respiraba con jadeos entrecortados.

Entonces, por fin, la parálisis se disipó. Se levantó de un salto y echó a correr escaleras arriba, impulsada por el pánico más absoluto. Hacia su cuarto. Con manos temblorosas, giró la llave en la cerradura. Todo lo que tocaba con su mano ensangrentada dejaba rastros rojos. Los pesados pasos de él retumbaron tras ella escaleras arriba. —¡Solo quiero ayudarte, protegerte! —gritó con una voz que sonaba casi amable. Entonces, su pie se estrelló contra la puerta. La madera crujió amenazadoramente. Una segunda patada. La puerta no aguantaría mucho más. Sophie gritó.

Corrió a la ventana y la abrió de par en par. El aire helado de la noche entró a raudales. En el instante en que la puerta saltó de las bisagras hecha añicos y el hombre se abrió paso a la fuerza por el marco, ella se subió al alféizar. Vaciló un instante, sopesando cuál de las dos opciones era peor. Luego, sin más dilación, saltó a la oscuridad.

El impacto le sacó el aire de los pulmones. Un dolor increíble le recorrió la pierna. Sintió cómo se rompían los huesos, cómo su piel se desgarraba contra la áspera superficie. Por un momento yació con

la cara sobre la piedra fría, sintiendo cómo la sangre le manaba de la boca y la nariz. Luego se irguió y gritó. Gritó pidiendo ayuda, una y otra vez. Todo el vecindario tenía que oírlo. Se encendieron luces. Los vecinos abrieron sus puertas y salieron en tropel a la calle.

Después, todo se volvió negro.

Más tarde, en el hospital, Sophie se enteró de toda la verdad: sus padres estaban muertos.

Y el agresor había escapado.

CAPÍTULO 1

Hoy

El tictac del reloj de pared resonaba en la consulta de la doctora Stone como un metrónomo que contaba los segundos de su silencio. Sophie se quedó mirando el dorso de su mano izquierda, la marca que él le había grabado en la piel con una cuchilla: una cruz cristiana dentro de un triángulo invertido. La cicatriz se había atenuado con los años, pero seguía siendo claramente visible. Incluso si cerrara los ojos, la vería. Sentiría cómo le ardía en el dorso de la mano. Un recuerdo del horror que tuvo que vivir. Y un recuerdo de que él seguía ahí fuera.

—¿Sophie? —La voz de la doctora Stone la sacó de sus pensamientos. Suave, pero firme.

—Perdón. —Sophie cerró los dedos en un puño y se puso la mano en el regazo—. Estaba... en otra parte.

—Ya me doy cuenta. —La doctora Stone, una mujer de cincuenta y tantos años con el pelo largo y canoso y unas gafas con una llamativa montura de color ámbar, ladeó ligeramente la cabeza—. Hoy parece usted distinta. Más tensa. ¿Cuándo han vuelto a empezar las pesadillas?

Sophie se mordió el labio inferior. Claro que la doctora Stone se había dado cuenta. Después de tantos años de terapia, podía leer a Sophie como un libro abierto. —Hace dos semanas —admitió por fin

—. Primero solo una vez. Luego, una noche sí y otra no. Ahora... —
Exhaló lentamente—. Ahora, todas las noches.

—Cuénteme.

—Ya no es como antes. —Sophie se frotó la cicatriz con el pulgar, una costumbre nerviosa que nunca había conseguido abandonar—. Antes siempre era el mismo sueño. Una repetición. Noche tras noche, las mismas imágenes, la misma secuencia.

—¿Y ahora? —preguntó la doctora Stone.

—Por lo visto, mi cerebro ha decidido variar un poco. Cambiar las cosas. Hacerlo todo... más impredecible. —Su voz se fue apagando—. Ahora, en mis sueños, tengo la edad que tengo en la vida real. Pero ni aun así puedo defenderme. No puedo detener la desgracia.

Por un momento, Sophie sintió esa opresión en el pecho, esa sensación justo antes de romper a llorar. Pero no lloró. Hacía años que no lloraba. Sus lágrimas llenarían océanos y estaba segura de que se ahogaría en ellos si alguna vez las dejaba salir.

La terapeuta dejó el bolígrafo a un lado y se inclinó hacia delante. — Sophie, el aniversario se acerca. Pronto se cumplirán diez años. Nuestro cerebro reacciona a esos marcadores temporales, aunque no seamos conscientes de ello. Lo que está experimentando ahora, esos recuerdos más intensos, las pesadillas, es una reacción normal al trauma.

—Normal. —Sophie soltó una risa amarga. Nada de todo aquello era normal. Los últimos años había intentado trabajar en sí misma, cambiar. Había probado todo tipo de cosas. Pero los acontecimientos la alcanzaban una y otra vez, a intervalos a veces cortos, a veces largos, como las estaciones que iban y venían. Sin embargo, hasta hoy no habían perdido ni un ápice de su devastador efecto.

—¿Ha hablado de esto con Carol y Frank?

Al oír mencionar a sus tíos, a Sophie se le tensó el cuello. —No.

—¿Por qué no?

—Porque volverían a preocuparse. —Sophie se levantó y fue hacia la ventana. El sol de otoño proyectaba largas sombras sobre la calle—. Ya han pasado por bastante conmigo. Los primeros años después de... de aquello. Los ataques de pánico. El insomnio. Carol tuvo que dormir meses al lado de mi cama. —Tragó saliva con dificultad—. No... tengo que superar esto sola.

—Pero la quieren.

—Lo sé, por eso mismo. —Sophie se dio la vuelta—. Pero ya soy adulta. Soy policía. Debería... debo ser más fuerte.

—Ser fuerte no significa sufrir en soledad, Sophie.

—Pero la fortaleza tampoco consiste en cargar a otros con mi sufrimiento —replicó ella, con la mirada clavada en la doctora Stone. Por un instante, la mirada de esta se detuvo, y un leve asentimiento reveló que, en eso, Sophie no andaba del todo desencaminada.

—¿Y cómo se siente actualmente en su trabajo?

Sophie volvió a sentarse. —A veces siento que es lo correcto. Cuando puedo ayudar a alguien, cuando puedo proteger a alguien... entonces todo tiene sentido. Entonces siento como si su ataque no me hubiera afectado. Como si no me hubiera alcanzado.

—¿Pero?

Claro que había un pero. La doctora Stone siempre lo oía.

—Pero... a veces lo veo a él. En los agresores y en los ojos aterrorizados de las víctimas. Está en todas partes, como si buscara mi cercanía.

La doctora Stone guardó silencio un momento, dejando que las palabras flotaran en la habitación. —Sophie, ¿cómo le sienta la idea de que quizás nunca lo atrapen?

La pregunta la golpeó como una bofetada. —Yo... no podría aceptarlo.

—No le pregunto si puede aceptarlo. Le pregunto cómo le sienta.

Sophie sintió que se le tensaba la mandíbula. —Me enfurece. Me hace sentir... impotente. —La última palabra le supo amarga en la

lengua.

—Y esa rabia, esa impotencia, ¿dónde la siente en su cuerpo?

Sophie se llevó una mano al pecho de forma automática. —Aquí. Como un peso. —Las manos empezaron a temblarle ligeramente.

—Respire, Sophie. Despacio.

Lo intentó, aunque cada bocanada de aire parecía una lucha contra una resistencia.

—Muy bien —dijo la doctora Stone al cabo de un rato—. Sophie, ha trabajado muchísimo en usted misma estos últimos años. Ha aprendido a manejar las cosas que la desequilibran y ha encontrado una profesión que le da un sentido, a pesar de todo lo que le ha sucedido. Pero este aniversario... está reabriendo viejas heridas y minando sus fuerzas.

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó Sophie. De repente, se sintió pequeña y vulnerable—. No puedo seguir así. No puedo despertarme gritando todas las noches.

—¿Qué *le gustaría* hacer?

La pregunta la sorprendió. —¿Qué quiere decir?

—Si tuviera el control sobre los sueños, sobre los recuerdos, sobre toda esta situación, ¿qué querría hacer?

Sophie se quedó pensando.

—Lo encontraría —dijo en voz baja—. Y le preguntaría por qué lo hizo. Lo obligaría a responder, si hiciera falta. Quizás entonces entendería por fin por qué. Por qué mis padres tuvieron que morir y yo vivir.

La doctora Stone la miró con seriedad. —La necesidad de respuestas es comprensible, Sophie. Pero ¿qué pasará si nunca las obtiene?

—Entonces... —Sophie vaciló. Nunca se había planteado realmente esa pregunta—. Entonces no sé si podría encontrar la paz alguna vez.

—¿Entiende lo que acaba de decir? Está haciendo que su paz interior dependa de encontrar algo que está fuera de su control.

Sophie se hundió en su sillón. —¿Cuál es la alternativa? ¿Aceptarlo sin más, rendirme y ya está?

—Por supuesto que no. —La voz de la doctora Stone se suavizó—. La alternativa es encontrar una forma de vivir con la incertidumbre. Aceptar que algunas preguntas, por muy urgentes que sean, quizás nunca obtengan respuesta, y que aun así se puede tener una vida plena.

—Suenas fácil cuando lo dice usted.

—Nunca he dicho que sea fácil. —La doctora Stone esbozó una leve sonrisa—. Pero es más fuerte de lo que cree, Sophie. Ha sobrevivido. Se ha construido una vida. Ayuda a los demás. Eso es un buen comienzo.

Sophie se frotó la cara. —Hace diez años. Una década entera. Y todavía me siento como la niña de entonces.

—Una parte de usted siempre será esa niña —dijo la doctora Stone con dulzura—. Pero también es mucho más. La pregunta es: ¿puede ser ambas cosas? ¿Darle espacio tanto a la niña herida que lleva dentro como a la mujer fuerte en la que se ha convertido?

—No lo sé —susurró Sophie finalmente—. Pero supongo que lo intentaré.

—Eso —dijo la doctora Stone— es todo lo que quería oírle decir.

CAPÍTULO 2

El sol de la mañana bañaba las calles con una luz cálida. Sophie había vuelto a pasar una noche en vela. Las pesadillas seguían apareciendo, cada noche. Estaba cansada hasta los huesos.

Cansada como si no hubiera dormido en años.

—Y entonces —contó Jack entre dos bocados de su sándwich—, va el tío y me dice: «Agente, esa coca no es mía. La he encontrado en la cuneta». —Negó con la cabeza, sus ojos de color café oscuro brillaban con diversión.

Sophie tuvo que reírse. A pesar de todo el agotamiento, fue una risa genuina que la sorprendió a ella misma—. ¿Y? ¿Qué le dijiste?

—Le pregunté si las dos bolsas grandes de hierba que tenía en el maletero también se las había encontrado. —Jack sonrió de oreja a oreja—. A eso ya no tuvo respuesta.

Eso era lo que Sophie apreciaba tanto de Jack; daba igual si tenía un buen o un mal día, él siempre encontraba la forma de hacer las cosas más agradables. Jack era simplemente un buen tipo. Uno de esos que nunca decía una mala palabra de nadie. Su carácter amable y optimista era algo que a Sophie le gustaba de verdad. No era una fachada, ni una cortesía fingida. Era, sencillamente, Jack.

Aquella mañana, había comprado sin decir nada dos cafés y dos sándwiches para ambos. Ni un interrogatorio sobre la noche, ni preguntas preocupadas sobre cómo se encontraba. Solo historias divertidas de antes, anécdotas de su época como policía de patrulla que la hacían sonreír. Con Jack nunca tenía que fingir.

—Hoy te toca a ti el informe —dijo Jack mientras se limpiaba un poco de mayonesa de la camisa del uniforme. A sus cuarenta y cinco años, era bastante mayor que Sophie, pero nunca la trató con condescendencia. Para él, era una compañera en igualdad de condiciones.

—Claro que me toca a mí —replicó Sophie, sorbiendo su café—. Siempre me toca a mí.

—Eso es porque escribes más rápido que yo.

Sophie enarcó una ceja—. Eso es porque tú solo escribes con dos dedos.

Jack soltó una carcajada profunda y cálida—. ¡Oye, que el método de los dos dedos lo he entrenado durante años! Soy un verdadero maestro en ello. —Apuntó al aire con ambos índices, como si estuviera tecleando en un teclado imaginario—. Preciso y eficaz.

—Eficaz en el siglo pasado, quizás —contraatacó Sophie con una sonrisa y dio un sorbo a su vaso de café.

—Mientras los informes se entreguen, el método me da igual —se defendió Jack con fingida indignación—. Además, tengo otras cualidades. Por ejemplo, puedo comer mientras conduzco sin mancharme.

Sophie le dirigió una mirada escéptica—. El desastre de mayonesa en tu camisa dice otra cosa.

—Eso no cuenta. Ha sido un ataque táctico del sándwich.

Sophie negó con la cabeza, divertida, y observó las casas que pasaban. Las calles del barrio residencial parecían pacíficas bajo el sol de la mañana, con niños de camino a la escuela. Una mañana completamente normal.

Sintió cómo Jack se relajaba a su lado, con las manos sueltas sobre el volante. Esas primeras horas del turno tenían algo de meditativo, antes de que el día empezara de verdad.

La radio crepitó y la voz de la central rompió la calma matutina.

—A todas las unidades en el sector 4-7. Altercado doméstico en el 5209 de Clover Street. Los vecinos informan de gritos. Se han recibido varias llamadas. —Jack cogió la radio de inmediato—. 4-7-Charlie, estamos a tres minutos. Vamos de camino. —Entendido, 4-7-Charlie.

Sophie dejó su café en el portavasos y sintió que se le encogía el estómago. Las disputas domésticas eran impredecibles; a veces terminaban solo en gritos, a veces en algo mucho peor. Y cada vez le traían recuerdos de lo que había vivido de niña.

—¿Estás bien? —preguntó Jack, echándole un vistazo rápido mientras aceleraba. Sabía cómo se sentía, conocía su historia; era el único de sus compañeros que la sabía.

—Sí. —Sophie comprobó su arma reglamentaria—. Estoy lista.

El trayecto hasta Clover Street no duró ni dos minutos. A medida que avanzaban por la calle, todo parecía tranquilo. El número 5209 era una casa de una planta con fachada blanca y contraventanas grises. El jardín delantero era grande; una bicicleta de niño yacía de lado junto a la entrada del garaje.

Pero lo que llamó la atención de Sophie fue la furgoneta gris que estaba aparcada en diagonal frente a la casa. Una de las puertas traseras estaba abierta—. ¿Ves eso? —murmuró Jack, acercándose lentamente.

—Sí. —Sophie cogió la radio—. 4-7-Charlie en la escena. Vehículo sospechoso en el lugar, furgoneta gris, matrícula... —Entrecerró los ojos—. No tiene matrícula.

Jack aparcó el coche patrulla. Intercambiaron una mirada, la que se intercambian los compañeros cuando ambos saben que algo no va bien.

Entonces lo oyeron. Un grito. Agudo, desesperado, bruscamente interrumpido.

—Mierda. —Jack ya se había bajado del coche antes de que Sophie pudiera reaccionar. Ella lo siguió al instante, con la mano en el arma.

Se movieron rápido, pero con cautela, hacia la casa. La puerta principal estaba entreabierta. Desde dentro ya no se oía nada.

Jack desenfundó su arma. Sophie hizo lo mismo—. ¡Policía! ¡Vamos a entrar! —gritó Jack. Silencio.

Entraron en la casa, Jack primero, Sophie cubriéndole los flancos.

El vestíbulo era luminoso y acogedor. Había fotos familiares colgadas en las paredes y flores frescas en un jarrón adornando el aparador. Sophie miró hacia el salón, luego hacia la cocina: estaba vacía. Jack comprobó las habitaciones a la izquierda de la entrada. Tampoco había nada allí. Cruzó la mirada con Sophie y señaló con un gesto hacia la escalera. Subieron lentamente. A Sophie se le agarraron las manos en la empuñadura de su arma.

Una vez arriba, pudo ver el interior de un dormitorio.

—Jack.

Fue poco más que un susurro, pero él lo entendió. Siguió su mirada hasta el dormitorio.

La mujer yacía boca arriba delante de la cama, con la mirada perdida fija en el techo. La sangre de un intenso color rojo se filtraba en la alfombra beis, formando un charco creciente alrededor de su cuerpo. El corte en su garganta era una herida abierta y profunda.

Sophie se quedó mirando. La mujer no aparentaba más de treinta y cinco años. Tenía las manos y los antebrazos cubiertos de cortes, heridas de defensa.

—Joder —siseó Jack, intercambiando una mirada con ella.

Un ruido llegó desde la habitación del fondo del pasillo.

Jack se puso en movimiento, con todos los músculos en tensión. Sus hombros se contrajeron, su respiración se volvió más superficial, más controlada. Sostenía el arma firmemente extendida frente a él, el cañón siguiendo con precisión la dirección de su mirada.

Sophie lo seguía de cerca, a menos de dos pasos de él. Sentía los latidos de su propio corazón en la garganta, pero sus manos estaban

firmes. Su arma levantada, el dedo en el gatillo. El silencio en la casa era abrumador.

Llegaron a la puerta entreabierta al final del pasillo. Por el hueco entre el marco y la puerta se filtraba una luz diurna tenue. Había unicornios pintados en la hoja de la puerta; unicornios alegres y coloridos con crines de arcoíris, rodeados de nubes y estrellas. Un dormitorio infantil. A Sophie se le encogió el estómago.

Intercambió una breve mirada con Jack. Él la miró tenso. Sophie intentó prepararse para cualquier cosa que pudieran ver detrás. Todos los escenarios posibles pasaron por su mente en fracciones de segundo, y ninguno era bueno.

Jack se posicionó a un lado y le hizo un gesto con la cabeza. De una patada certera, abrió la puerta. La madera golpeó contra la pared—. ¡Policía! —Ambos entraron en la habitación al mismo tiempo, apuntando con sus armas al interior.

Una niña pequeña, de no más de cuatro años, yacía encogida en el suelo. Sus bracitos estaban a su lado en una postura extraña y retorcida. Tenía la cara manchada de sangre, que le pegoteaba los rizos rubios, empapaba el pijama y se extendía como una mancha oscura en la alfombra.

—Oh, Dios mío, no. —Las palabras brotaron de Sophie, un susurro ahogado que era más dolor que voz. Las lágrimas acudieron a sus ojos; no pudo evitarlo.

Sus manos empezaron a temblar, primero casi imperceptiblemente, luego con más fuerza. El arma, que hasta hace un momento sostenía con firmeza y seguridad, de repente se sentía pesada y extraña. Sus dedos perdieron la tensión.

Sophie volvió a guardar rápidamente la pistola en la funda. Luego se dejó caer de rodillas junto a la niña. Sus manos todavía temblaban mientras se inclinaba sobre el pequeño rostro.

—Venga, pequeña —susurró, mientras colocaba con cuidado dos dedos en el delicado cuello. La piel estaba caliente. *Por favor. Por favor.*

Ahí estaba: débil, como el aleteo de una mariposa, pero estaba. Un pulso—. ¡Está viva! —La voz de Sophie casi se quebró—. ¡Jack, todavía está viva!

Jack recorrió sistemáticamente con su arma cada rincón de la habitación. Luego cogió la radio y pulsó el botón—. 4-7-Charlie, tenemos... —Su voz se quebró por un instante, luego se volvió más firme, más urgente—. Tenemos una niña, de unos cuatro años, gravemente herida. Necesitamos una ambulancia de inmediato en...

El movimiento surgió de la nada.

Una figura salió disparada literalmente del armario empotrado, al que Jack no le había dedicado ni una mirada. El gran armario blanco estaba justo al lado de la puerta. Un metal brilló en la mano de la figura, un cuchillo largo cuya hoja reflejaba la luz.

Todo ocurrió en fracciones de segundo.

—¡JACK!

La advertencia de Sophie llegó demasiado tarde. La hoja se hundió en el costado de Jack, justo donde terminaba el chaleco antibalas. Él soltó un gemido, un sonido espantoso y de agonía. El arma se le escapó de los dedos.

—¡NO! —Sophie se levantó de un salto, su mano voló hacia la funda, los dedos se cerraron sobre la empuñadura de su pistola, pero el agresor fue más rápido. Se giró como un torbellino, una silueta negra en un movimiento fluido, y su pie se estrelló contra el abdomen de ella.

El aire se le escapó de los pulmones en una explosión. El dolor recorrió su cuerpo como una descarga eléctrica. Sus rodillas cedieron y se desplomó, luchando por respirar.

—Sophie... —La voz de Jack era un gorgoteo. La sangre brotaba de entre sus labios.

El agresor, con el rostro oculto bajo una capucha negra, arrancó la hoja. Un torrente de sangre. Luego apuñaló de nuevo, esta vez en el cuello de Jack.

Jack se desplomó. Sus manos se agarraron inútilmente el cuello, pero la sangre pulsaba a través de sus dedos. Sus ojos buscaron a Sophie; en ellos vio pánico absoluto.

—¡JACK!

El grito de Sophie fue desesperado. Se reincorporó, con dolor en el abdomen y adrenalina en las venas, pero el agresor ya estaba en movimiento. Corrió hacia ella, tres pasos rápidos, y luego lanzó todo su peso contra ella.

El impacto la desorientó por completo. Sophie salió volando hacia atrás, agitando los brazos, atravesó el marco de la puerta y se estrelló en el pasillo. El golpe le sacó el poco aire que le quedaba en los pulmones.

Antes de que pudiera reaccionar, él estaba sobre ella. Su puño le dio en la cara. Destellos de luz explotaron tras sus ojos. Intentó defenderse, levantar los brazos, pero él era demasiado fuerte. Un segundo golpe la alcanzó, partiéndole el labio. Levantó las manos desesperadamente para protegerse la cara.

Él levantó la hoja... pero de repente se detuvo.

Sophie apenas podía distinguir su rostro, una pintura negra cubría la piel, devorando los contornos. Solo sus ojos brillaban con una luz fantasmal desde la oscuridad. Su mirada había caído sobre sus manos levantadas, sobre su mano izquierda, que sostenía protectoramente delante de su cara. Sophie vio cómo algo cambiaba en sus ojos. La fría brutalidad dio paso por un momento a un asombro incrédulo.

Se quedó mirando su mano. La cicatriz.

Lentamente, casi ceremoniosamente, levantó su propia mano izquierda y le mostró el dorso. Aunque la visión de Sophie estaba borrosa, lo reconoció al instante.

La marca.

Un triángulo invertido con una cruz en su interior. Grabado en su piel. Idéntico al suyo.

Se agarró la capucha y se la echó hacia atrás. A pesar de la pintura negra, Sophie supo en ese momento quién yacía sobre ella. Su mente se negaba a comprender lo que veían sus ojos.

—Eres tú —dijo él. Su voz... Como si la hubiera invocado directamente de sus pesadillas.

Entonces todo se volvió negro.

CAPÍTULO 3

Sophie se despertó con un dolor punzante en la cabeza. Sus pensamientos flotaban en una espesa niebla, borrosos e inconexos. Algo estaba mal. Todo estaba mal.

Intentó moverse y no pudo.

El pánico la recorrió como una descarga eléctrica. Tenía las muñecas atadas, el metal se le clavaba en la piel. Tiró de las ataduras y oyó el chasquido y el tintineo familiares de unas esposas.

Se miró y las reconoció al instante. Eran las suyas. *Sus propias y malditas esposas.*

Su mirada descendió hasta su cadera. Vacía. La funda no estaba, se la había quitado por completo. No solo el arma, el cinturón entero. La pistola, la radio, todo. La había desarmado por completo.

Sophie forzó la vista para enfocar. Hormigón bajo ella, frío y húmedo. Sobre ella, unas tuberías vistas recorrían un techo bajo. Una luz tenue se filtraba por una pequeña ventana con barrotes en lo alto de la pared, demasiado pequeña para pasar a través de ella y demasiado alta para alcanzarla. Un sótano. O un trastero. *¿Seguía en la casa a la que los habían llamado?* No, era improbable. Estaba en otro sitio. *¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿La había secuestrado?*

Tiró de la gruesa tubería a la que estaba encadenada, sintiendo cómo el metal se le hundía en las muñecas, pero la tubería no cedió. Las esposas no estaban especialmente apretadas, pero sí lo bastante como para que no pudiera sacar las manos.

Jack.

El recuerdo la golpeó como un mazazo. El cuchillo hundiéndose en el cuello de Jack. La sangre brotando en pulsaciones rítmicas. Sus ojos —muy abiertos, aterrados, buscándola desesperadamente mientras la vida se le escapaba entre los dedos apretados, imparable, latiendo con cada latido cada vez más débil de su corazón—.

Las imágenes se grabaron a fuego en su conciencia, alineándose a la perfección junto a las otras. Junto a su madre, sin vida en el suelo de la cocina. Junto a su padre, desplomado en el pasillo. Una galería macabra de la pérdida, comisariada por el mismo hombre.

—No, no, no... —El susurro salió de su garganta, frágil y desesperado.

Sophie se derrumbó sobre sí misma, su frente hundiéndose contra el frío metal de las esposas. Negó con la cabeza, una y otra vez, como si con ello pudiera deshacerse de esa realidad.

No podía ser verdad. No *debía* ser verdad.

¿Qué putas probabilidades había? De todos los policías de la ciudad, de todas las personas del mundo, era precisamente *ella* la que había tropezado con él en esa casa. La niña a la que le había perdonado la vida años atrás.

¿Qué destino perverso y cruel la había llevado hasta allí?

Una risa histérica amenazó con brotar de su pecho, pero se transformó en un sollozo ahogado. El universo tenía un sentido de la ironía muy retorcido. O quizá no había ningún sentido en absoluto. Quizá todo era simplemente una sádica casualidad.

Se había pasado toda la vida huyendo de ese fantasma, de ese monstruo, y al final había corrido directamente a sus brazos.

Miró a su alrededor en la habitación. Frente a ella había una vieja estantería de madera, sobre la que había cajas de cartón y tarros de conserva vacíos. Básicamente, solo basura. Allí no había nada con lo que pudiera liberarse o defenderse.

Una puerta chirrió.

Sophie se quedó helada. Unos pasos se acercaban, lentos, deliberados. Sus músculos se tensaron, preparada para... ¿qué? No podía luchar. No podía huir. Solo podía quedarse sentada y esperar. La figura entró en la habitación. Era él. Ese maldito cabrón.

Sophie se obligó a mirarlo, grabándose cada detalle en la memoria. Comparó la imagen que tenía delante con los retazos borrosos de sus recuerdos de aquella noche, fragmentos de una pesadilla que nunca había podido aferrar del todo. Había envejecido. Cincuenta años, quizá, la juventud borrada de su rostro. Delgado, casi enjuto, pero bajo la camiseta negra se le marcaban unos músculos definidos. Fibroso. Fuerte. Más fuerte de lo que su complexión delgada sugería.

Se acercó, con la mirada fija en ella.

Entonces se inclinó hacia ella, arrodillándose hasta que sus rostros quedaron a la misma altura.

Sophie se paralizó.

Se había pintado una cruz en la cara con pintura negra, gruesas líneas que iban de la frente a la punta de la nariz y le atravesaban los ojos, cruzándose entre ellos. Bajo los trazos oscuros, sus ojos brillaban, claros e intensos, y la observaban con una atención que le erizó la piel.

Sophie intentó leer la expresión de su rostro. ¿Era odio? ¿Curiosidad? ¿Locura? No pudo descifrarla. Y eso lo empeoraba todo.

Por dentro, se preparó. Para morir. O para algo peor.

Sophie quiso decir algo, pero él se le adelantó. Su voz — exactamente como entonces, cálida y fría a la vez—. —Normalmente no tengo invitados, así que perdona, por favor, este lugar. —Miró hacia arriba, haciendo un gesto amplio que abarcaba el destartalado sótano, como si se disculpara por un salón desordenado.

Entonces, brotó de ella. No pudo contenerlo, ni un segundo más. Se lo había tragado año tras año, lo había encerrado en su interior, pero ahora explotó.

—Usted... —Su voz se quebró, se hizo añicos—. ¡Usted asesinó a mis padres! —Las palabras fueron un grito, airado y acusador, que resonó en las paredes de hormigón—. ¿POR QUÉ?

La expresión que se extendió por su rostro hizo que Sophie se helara por dentro. Sorpresa. Genuina, sincera sorpresa. Como si acabara de decir algo completamente absurdo. Como si hubiera afirmado que el cielo era verde.

Entonces él negó lentamente con la cabeza, casi con pesar.

—No. —Su voz era suave, paciente, como la de un maestro que le explica algo a un niño torpe—. Yo los *liberé*. Arranqué la oscuridad de sus almas.

—¿De qué *diablos* habla? —Las palabras salieron de Sophie como una explosión, más un grito que una pregunta, la desesperación mezclada con una rabia incrédula.

Su rostro se transformó al instante. La suavidad desapareció, dando paso a algo frío, peligroso. Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas.

Su mano se lanzó hacia delante, la palma abierta golpeó su mejilla con tal fuerza que la cabeza de Sophie voló hacia un lado. El dolor explotó en su cara, destellos blancos danzaron ante sus ojos. El mundo se tambaleó, se volvió borroso. Saboreó la sangre en su boca.

—En esta casa —siseó, su voz ahora gélida y dura—, no se nombra al *Maligno*!

Inhaló y exhaló largamente. —Eras una niña. No podías verlo. —Negó con la cabeza, casi con pesar—. Pero yo sí podía. Veo las señales. Siempre. Y hago lo que hay que hacer.

Sophie cerró los ojos, intentando reprimir las náuseas que le subían. El hombre que había acechado sus pesadillas durante años estaba ahora sentado frente a ella. Y simplemente estaba loco. ¿Qué había pensado? ¿De verdad creía que iba a obtener una explicación racional para todo aquello? Había sido tan ingenua.

—Tú sigues siendo pura —dijo de repente, su voz llena de un extraño alivio. Se quedó mirando su mano, la misma mano que le había sujetado en el pasillo—. Todos estos años, y todavía no te han tocado. Los demonios. Y eso es porque te regalé la señal.

—Soy el único que *ve*. Que realmente *ve*. —Su voz se volvió más afilada—. Los demonios se están extendiendo. Se infiltran sobre todo en las familias, poseen cuerpos, se esconden tras rostros inocentes. Pero yo sé cómo reconocerlos. Sé cómo detenerlos.

—¡Está usted loco!

—¡No hables como *ellos*! —Su voz se quebró, volviéndose estridente—. ¡Tú no eres eso! —¿A qué se refería? ¿A los demonios?

Su rostro estaba lleno de ira.

En ese momento comprendió con una claridad aterradora: no había forma de llegar a él. Ninguna lógica, ningún argumento, ninguna verdad que pudiera penetrar su mente.

Este hombre estaba loco.

No de la manera que se ve en las películas, no de forma melodramática y exagerada. Su locura era más peligrosa. Estaba profundamente arraigada en él, se había deslizado en cada fibra de su ser como un parásito oscuro que hacía tiempo que había devorado todo pensamiento claro, todo rastro de razón.

Existía en su propia realidad distorsionada, la respiraba, creía en ella con cada célula de su cuerpo.

Y eso era precisamente lo que lo hacía impredecible. Imparable.

Se levantó bruscamente, el movimiento fue tan repentino que Sophie se estremeció. Sin una palabra más, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

—Has sido una niña mala —dijo por encima del hombro—. Hablaremos mañana.

Luego salió, sus pasos resonando en el hormigón. La puerta se cerró de golpe.

Sophie se quedó mirándolo, atónita, con la boca abierta.

—¡QUE TE JODAN! ¿Qué quieres de mí? —El grito brotó de ella, desesperado, un puro impulso. No sabía qué más podría haber dicho.

Las palabras se desvanecieron en el vacío.

Entonces se encontró de nuevo sola en el sótano.

La mejilla le palpitaba, caliente e hinchada. Las esposas se le clavaban más profundamente en la carne de las muñecas con el más mínimo movimiento, dejando marcas rojas y ardientes.

Sophie esperó. Esperó la crisis nerviosa. El ataque de pánico que debía sobrevenirle en cualquier momento. Los temblores, las lágrimas, la histeria.

Pero no ocurrió nada.

Solo se sentía... vacía. Hueca. Como si alguien le hubiera arrancado todo de dentro y hubiera dejado una cáscara vacía.

Tal vez su cerebro aún no había tenido tiempo de procesarlo todo. O quizá simplemente se negaba a hacerlo.

De repente, todo le pareció tan absurdo. Tan banal. Sus padres habían muerto porque un hombre tenía delirios. Eso era todo. Ningún gran secreto. Ninguna revelación estremecedora que le diera sentido a todo. Un loco había elegido su casa al azar, había entrado y había destrozado su mundo entero.

Pura y cruel casualidad.

Las horas se arrastraron. La luz del sol que entraba por la pequeña ventana se fue desvaneciendo poco a poco, haciéndose cada vez más débil, hasta que solo quedó un pálido resplandor gris. Luego también desapareció.

De repente, Sophie estaba sentada en la más absoluta oscuridad. En algún lugar. En ninguna parte.

Se sentía aterradora, desgarradoramente sola.

Tenía la boca seca, la lengua pegada al paladar. El estómago se le retorcía de hambre. Cuánto deseaba que Jack entrara ahora mismo por esa puerta, con un café en una mano y unos sándwiches en la

otra, con esa sonrisa torcida en la cara. «*Toma, jefa. Te he traído algo*».

Pero Jack no volvería a entrar por ninguna puerta nunca más. Como dice el refrán: la vida es una putada, y luego te mueres.

En algún momento perdió toda noción del tiempo y del espacio. La oscuridad lo engullía todo, minutos, horas. Ya no lo sabía.

Finalmente, sus ojos se cerraron. Su cuerpo simplemente se rindió, desplomándose contra la fría tubería. Estaba tan agotada.

Tan infinitamente cansada.

CAPÍTULO 4

Se despertó cuando la luz del sol se coló por la pequeña ventana y danzó cálidamente sobre su rostro.

Le dolía todo el cuerpo a rabiar. No era de extrañar: había dormido maniatada sobre el cemento desnudo, con la espalda pegada a la fría pared. Tenía los hombros rígidos, el cuello agarrotado y todos los músculos le protestaban.

Pero entonces, una idea fulgurante le cruzó la mente, tan repentina y nítida que la hizo estremecerse. Aquella noche no había tenido ninguna pesadilla.

Ni una sola.

Se encontraba en una de las peores putas situaciones de su vida: atrapada, indefensa, maniatada por el asesino de sus padres y, a pesar de todo, ninguna pesadilla. Ni gritos de pánico, ni despertares empapada en sudor, ni cuerpos destrozados tras sus párpados.

Nada.

Probablemente se estaba volviendo loca.

Oyó ruidos.

La puerta se abrió y entró él. En la mano llevaba una botellita de plástico con agua. Su mirada era severa, casi recriminatoria, mientras la observaba desde arriba.

—Espero que haya aprendido la lección —dijo con aquella voz insoportablemente serena.

Luego se acercó, se arrodilló frente a ella hasta que sus miradas volvieron a estar al mismo nivel. —Tenga. Beba.

Desenroscó el tapón de la botella y se la acercó a los labios a Sophie.

El agua sabía a rancio, con un fuerte sabor a plástico, como si la botella hubiera estado años tirada en un rincón.

Pero Sophie no tenía elección. La sed era demasiado intensa, le ardía en la garganta como el fuego. Bebió con avidez; el agua tibia se le escurrió por los labios y la barbilla.

Entonces, arrojó la botella vacía con indiferencia a un rincón de la estancia. El plástico golpeó contra la pared y rodó por el suelo. Miró a Sophie con aquella mirada febril que se le clavaba hasta el alma.

—Tengo un nuevo encargo —dijo al fin, con la voz vibrante de emoción—. Una familia de por aquí. En una granja.

Asintió despacio, como dándose la razón a sí mismo. —Ya lo decía yo, los demonios se acercan. Cada vez más. —Sus ojos brillaban febrilmente—. Lo supe en cuanto los observé. La forma en que me miraban los niños... caras de demonio, todos ellos.

Sophie negó con la cabeza, abrió la boca con intención de decir algo y enmudeció. Él siguió hablando; ni siquiera estaba segura de que le estuviera hablando realmente a *ella*.

—Tan cerca —murmuró—. Un riesgo, por supuesto. —Se le formó una arruga entre las cejas.

Se encogió de hombros, como si mantuviera un monólogo silencioso consigo mismo. —Pero hay que hacerlo. Si no lo hago, se extenderán. Y entonces... —Un rictus se dibujó en sus labios—. Entonces será demasiado tarde. Solo yo puedo salvarnos. ¡Solo yo estoy dispuesto a hacerlo!

Sophie no podía creerlo. Su voz sonó desesperada, suplicante. —Escuche, no tiene por qué hacer esto. Suélteme, puedo ayudarle. No tiene que matar a na...

—¡SILENCIO!

Su grito rasgó el aire. En sus ojos se encendió de pronto una desconfianza feroz, paranoia en estado puro. Su mano se deslizó hacia el cinturón y sacó un cuchillo largo.

Aún había sangre pegada a la hoja. Oscura. Seca.

La sangre de Jack. Sophie estaba segura.

Le apretó la hoja contra la garganta. El filo frío se oprimió contra su piel, no con la fuerza suficiente para cortar, pero la amenaza era clara.

—Quizá me estás engañando —susurró, con la voz temblorosa por la duda—. Quizá no eres pura. —El cuchillo se estremeció ligeramente—. Quizá te han alcanzado después de todo.

Sophie no se atrevía a respirar. Ni a tragar. Ni a parpadear. Se limitó a mirarlo fijamente, muda, indefensa. Completamente a su merced.

Vio cómo se le crispaba el rostro. Cómo luchaba consigo mismo. Intentaba encajar a Sophie en su distorsionada visión del mundo. Comprender quién o qué era ella. Amiga o enemiga. Pura o mancillada.

Y en aquel momento, ni la propia Sophie lo sabía.

Entonces, de repente, la soltó. El cuchillo desapareció. Su mano áspera le acarició la cara, un gesto grotescamente tierno después de la amenaza de muerte.

—No —murmuró, casi para sí—. No, eres pura. Lo eres. —Su mirada se suavizó, volviéndose casi afectuosa—. Aquí estás a salvo. Te quedarás aquí para siempre. No te preocupes. —Sonrió, con esa sonrisa terrible y dulce—. Voy a protegerte.

Luego se levantó y se dirigió a la puerta.

—¡Espere! —La voz de Sophie se quebró, casi se le rompió—. ¡POR FAVOR! ¡No puede hacer eso!

Él no se detuvo. Agarró el pomo de la puerta.

—¡Esa gente es inocente! —gritó Sophie, tirando de las esposas con desesperación, ignorando el dolor punzante—. ¡Hay NIÑOS!

¡Escúcheme, no existen los demonios! ¡Esa familia no le ha hecho nada!

La puerta se abrió.

—¡NO! ¡POR FAVOR! —Su voz se volvió estridente, llena de pánico—. ¡Se lo *suplico*! ¡No lo haga! ¡Déjelos en paz!

Pero él no se dio la vuelta. Salió por la puerta como si ella no hubiera hablado.

—¡MALNACIDO PSICÓPATA! —gritó Sophie hasta que se le quebró la voz, hasta que le ardió la garganta—. ¡VUELVE AQUÍ! ¡HIJO DE LA GRAN PUTA!

La puerta se cerró con un suave clic.

CAPÍTULO 5

Sophie se quedó mirando las esposas que le sujetaban las muñecas a la tubería. El pulso le martilleaba en los oídos y su mente trabajaba a toda máquina.

Piensa. *¡Piensa, joder, piensa!*

Aunque ya lo había intentado cientos de veces, volvió a tirar de las ataduras para comprobar su resistencia. La tubería era vieja, pero maciza, sin puntos débiles. No se rompería. Las esposas eran las suyas, un modelo estándar.

Sophie se miró las manos. Las esposas estaban apretadas, pero tenían algo de holgura. Se las había puesto él sin prestar atención al ajuste correcto. Tenía las manos pequeñas y las muñecas delgadas.

Había una posibilidad. Solo una. Y era absolutamente repugnante.

Si consiguiera romperse el pulgar y sacarlo de la articulación, podría hacer la mano lo bastante plana y estrecha como para...

Sophie cerró los ojos y respiró hondo. Todo su cuerpo se rebelaba contra lo que estaba a punto de hacer.

No había tiempo. No había otra alternativa. Una familia moriría si se quedaba allí sentada.

Giró el cuerpo y colocó la mano izquierda sobre la tubería lo mejor que pudo. Luego, levantó la pierna derecha y apoyó el tacón de la bota sobre su propio pulgar.

—Vale —susurró en el silencio—. Vale, vale, vale...

Inspiró profundamente y cogió todo el impulso que pudo con el pie. Y entonces, pateó.

El dolor fue instantáneo y le llenó los ojos de lágrimas. Le recorrió la mano y todo el brazo, provocándole un espasmo en el estómago. Un grito ahogado brotó de su garganta, que solo a duras penas pudo reprimir mordiéndose el labio hasta saborear la sangre. El asesino seguía en la casa, tenía que ser sigilosa.

Se miró la mano. El pulgar estaba dislocado, pero aún no lo suficiente.

—¡Joder!

Todavía no bastaba. Las patadas eran demasiado débiles, no podía generar la fuerza necesaria.

Sophie respiraba de forma entrecortada, obligándose a mantener la calma. Luego cambió el peso, volvió a colocar el pie y giró ligeramente para coger más impulso; quizá así podría generar más fuerza.

Sophie intentó calmar su pulso desbocado y preparar su cuerpo para lo que vendría a continuación.

Entonces, volvió a coger impulso. Su pie se estrelló contra su propia mano. Una vez. Dos. Tres. Finalmente, presionó la bota contra la mano con todas sus fuerzas, aplastándola.

La invadieron las náuseas. Cayó de rodillas y vomitó mientras el sudor le cubría todo el cuerpo. Luego se examinó la mano.

El pulgar sobresalía en un ángulo antinatural, la articulación torcida, quizá incluso rota. De innumerables pequeños desgarros y heridas abiertas manaba sangre que le corría por los dedos y goteaba en el suelo.

Contuvo el aliento y, con la otra mano, temblorosa, apretó el pulgar roto contra la palma para aplanar la mano tanto como fuera posible. Entonces empezó a tirar. Tiró con todas sus fuerzas, ignorando el dolor insoportable que le recorría cada nervio del brazo.

La piel de la muñeca se le desgarró aún más, pero la sangre hizo que el metal resbalara. Siguió tirando, girando la muñeca,

apretando, forzando... y la mano se deslizó a través de la anilla.

Sophie jadeó, medio por triunfo, medio por agonía. Tenía la mano izquierda libre, ensangrentada e inútil, con el pulgar convertido en un amasijo deforme. La otra esposa todavía le colgaba de la otra muñeca, y el metal tintineaba con cada movimiento.

Entonces oyó ruidos en el piso de arriba. El portazo sordo de una puerta. Pasos sobre gravilla. La puerta de un coche abriéndose y cerrándose. El motor arrancó y rugió brevemente.

Luego, el crujido de los neumáticos sobre la grava, alejándose lentamente.

Se estaba marchando.

Tenía que darse prisa.

La puerta del sótano no estaba cerrada con llave; al parecer, no había contado con que ella pudiera escapar. Sophie la abrió con cuidado, y cada chirrido de las bisagras hacía que se le parara el corazón.

Su mirada se posó en la vieja estantería de madera. Entre las cajas destartadas había un trapo viejo y polvoriento. Lo cogió, se lo envolvió apresuradamente alrededor de la mano herida y lo apretó con fuerza. La sangre se filtraba a través de él, pero era mejor que nada. Luego, siguió empujando la puerta.

Detrás de ella quedaba el sótano mohoso; delante, un pasillo estrecho y bajo. Una empinada escalera de madera subía al piso de arriba. Subió despacio, apoyando la mano libre en la pared y apretándose la herida contra el pecho. Cada escalón le enviaba una oleada de dolor por todo el cuerpo.

Durante un segundo, vaciló con la mano en la puerta del sótano.

¿Y si no vivía solo? ¿Y si había alguien más arriba, un cómplice, alguien esperándola?

Tenía que ser prudente. Luego abrió la puerta y se quedó helada.

Lo primero que la golpeó fue el olor. Moho, basura, descomposición. Una mezcla asfixiante que le provocó arcadas.

La casa era una pesadilla.

La basura se amontonaba por todas partes: pilas de periódicos que llegaban hasta el techo, bolsas de plástico, latas y botellas vacías, restos de comida en descomposición que atraían a los gusanos.

Entre todo aquello yacían ratas muertas, tiesas y reseca. Unos estrechos pasillos serpenteaban a través del caos, apenas lo bastante anchos como para abrirse paso. Las paredes casi no se veían bajo capas de suciedad, moho y más basura. La casa de un acumulador compulsivo en su forma más extrema y pesadillesca.

Las ventanas estaban cubiertas con cortinas o apenas se distinguían tras toda la basura. La escasa luz que se colaba por las rendijas bañaba todo en una atmósfera siniestra, casi asfixiante.

Sophie se movió con cautela por una habitación que probablemente había sido un comedor; todavía se adivinaba una vieja mesa bajo montañas de periódicos. Llegó a un pasillo. Sus botas se pegaban al suelo sucio a cada paso, dejando huellas en una sustancia pegajosa y oscura que prefirió no identificar.

¿Cómo podía alguien vivir así?

Por otro lado, ¿qué esperaba? ¿Un chalé elegante con un ama de llaves y un jardín delantero? Por supuesto que no. La casa era un reflejo perfecto de sí mismo. Su interior vuelto del revés. Solo caos. Muerte. Descomposición.

Una puerta a la derecha estaba entornada. Sophie la empujó con cuidado y se asomó. Una habitación pequeña, donde también se amontonaba la basura hasta el techo. Sin salida.

Unos pasos más adelante por el pasillo, llegó a otra puerta. Esta era diferente. Llamativa.

El símbolo estaba pintado en ella. *Su* símbolo. La misma cruz que ella llevaba en la mano, pintada de negro, aplicada toscamente, con las líneas extendiéndose por toda la hoja de la puerta.

Sophie se la quedó mirando, con el corazón acelerado. No estaba segura de querer saber qué se escondía detrás.

Aun así, su mano se dirigió al pomo. Vacilante. Despacio.

Lo giró y abrió la puerta.

La habitación estaba impecable. Obsesivamente ordenada. Las paredes estaban cubiertas de iconografía religiosa, crucifijos de todos los tamaños, imágenes de santos con heridas sangrantes, representaciones de ángeles y demonios en combate dibujadas a mano. En una esquina había un altar improvisado, con velas de diferentes alturas, todas perfectamente alineadas.

Y por todas partes, en estanterías, en el suelo, en el alféizar de la ventana, había animales disecados. Pájaros con ojos vidriosos, un zorro en posición de ataque, varias ardillas. Todos perfectamente preparados, todos mirando en diferentes direcciones.

Sophie retrocedió, y un escalofrío le recorrió la espalda. Probablemente, su santuario. Su refugio controlado en medio del caos exterior.

Se obligó a seguir adelante rápidamente. Atravesó más montañas de basura hasta llegar al salón.

Y entonces lo vio.

Dos figuras sentadas en un sofá frente a un viejo televisor. Completamente quietas. Completamente inmóviles.

A Sophie se le cortó la respiración.

Eran cadáveres. Momificados por el tiempo y el aire seco. Una mujer y un hombre, con la piel curtida y hundida, los ojos desaparecidos hacía mucho tiempo, retraídos en sus cuencas vacías.

¿Eran sus padres?

Sophie se estremeció. Debían de llevar años sentados ahí. No, *décadas*. La ropa, el estado de los muebles, todo lo indicaba.

Estaban sentados uno al lado del otro como una pareja que ve la televisión junta. Tenían las manos cuidadosamente cruzadas en el regazo. Colocados de forma pacífica, como si fueran a levantarse en cualquier momento para ir a cenar.

Una parodia grotesca de la normalidad familiar.

Sophie no podía moverse. No podía apartar la vista. De repente, comprendió con una claridad espantosa la insondable profundidad de su locura. Los había conservado. Todos esos años. Década tras década. Los había dispuesto como marionetas, asignándoles lugares como si todavía estuvieran vivos.

Al mismo tiempo, le recordó su propia ingenuidad infantil. Cómo, después de la muerte de sus padres, había deseado desesperadamente volver a verlos. Solo una vez. Había deseado poder abrazarlos, aunque solo hubieran sido sus cuerpos sin vida. Solo para despedirse. Para comprender lo que había sucedido.

Él había convertido ese anhelo infantil en un acto perverso. No había permitido que le arrebataran lo que le habían querido quitar. Simplemente había ignorado la muerte.

Y con ello, había creado una cripta en medio de aquella casa.

Sophie se liberó de su parálisis y obligó a sus piernas a moverse. Volvió a trompicones por el pasillo hasta la cocina.

Allí, entre montañas de platos sucios, ollas con costras y montones de periódicos, lo vio: su cinturón. Y en él, la funda con su pistola. No podía creerlo. Y por un momento, sus hombros se relajaron. Una profunda y temblorosa bocanada de alivio la inundó.

La agarró con la mano buena y sacó la pistola de la funda. Con dedos temblorosos, comprobó el cargador, lo deslizó fuera y miró dentro.

Lleno. Cada una de las malditas balas. Gracias a Dios.

Siguió rebuscando en la basura, con la esperanza de encontrar su radio. Para pedir ayuda. Pero no estaba en ninguna parte. De momento, estaba sola.

Entonces, su mirada se posó en otra cosa: la llave de un coche. Colgaba de un gancho en la pared, con el llavero ya descolorido. Sophie la cogió.

Se abrió paso entre la porquería, colándose por los estrechos pasillos de basura hasta llegar a la puerta de la cocina. Empujó con el hombro, y la madera deformada cedió con un chirrido.

Entonces, salió.

El sol la golpeó como un puñetazo. Una luz cegadora e implacable después de toda la oscuridad del interior, después de una eternidad en el sótano. Sophie entrecerró los ojos y se llevó instintivamente la mano a la cara.

Por un breve instante se quedó allí, inmóvil en el porche.

Respirando. Inspirando y espirando profundamente. El aire fresco le llenó los pulmones, frío y limpio, barriendo el hedor a moho, a descomposición y a muerte que se le había impregnado en la ropa, en la piel, en el pelo.

Miró a su alrededor.

Una granja. La casa de la que acababa de salir también parecía una ruina por fuera: madera desgastada y podrida en algunas partes, pintura desconchada de un tono que alguna vez debió de ser blanco, ventanas rotas. El tejado estaba hundido por un lado. Un lugar que el mundo había olvidado.

Alrededor no había más que campos, tierra parda y sin cultivar que se extendía en suaves ondulaciones hasta el horizonte. Un camino polvoriento y sin asfaltar se alejaba de la propiedad y desaparecía a lo lejos entre los árboles.

Aislado. Completamente aislado. A kilómetros de la civilización más cercana.

El lugar perfecto para que un demente no fuera molestado.

Sophie tenía que darse prisa.

Pero ¿adónde ir? No tenía ni idea de en qué dirección se había marchado. Ni a qué familia tenía en el punto de mira. Ni cuánto tiempo le quedaba.

Su primer objetivo tenía que ser conseguir ayuda. Un teléfono. Cualquier teléfono que funcionara. Tenía que contactar con la central, pedir refuerzos, dar la alarma. Solo así podría detenerlo antes de que fuera demasiado tarde.

Su mirada se posó en un coche, un viejo Ford aparcado en diagonal junto a la casa. Los neumáticos parecían haber visto días mejores, pero era su única forma de salir de allí.

Bajó a trompicones los escalones del porche y abrió la puerta del conductor. Metió la llave en el contacto. Le temblaban los dedos.

Por favor. *Por favor.*

Giró la llave.

El motor tosió. Carraspeó. «Vamos, vamos, vamos...».

Un intento más. El motor cobró vida, ronroneando de forma irregular, y luego se estabilizó.

Un sonido, a medio camino entre la risa y el sollozo, se escapó de la garganta de Sophie. Por fin un golpe de suerte.

Pisó el acelerador.

El coche avanzó a trompicones, dando botes sobre el terreno irregular, y luego se lanzó por el camino de tierra. El polvo se arremolinó tras ella, una nube de tierra y grava. La casa se hizo más pequeña en el retrovisor y acabó por desaparecer.

No era de extrañar que nadie se hubiera dado cuenta de nada. Por allí no pasaba nadie.

La pista de grava serpenteaba entre la hierba alta y amarillenta, pasando junto a postes de valla torcidos y alambre de espino oxidado. Sophie se aferró al volante con la mano derecha sana, con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. La mano izquierda descansaba inútil en su regazo. Cada latido del corazón le enviaba una nueva oleada de dolor punzante por el brazo.

Lo ignoró. Se concentró en la carretera, en conducir, en...

Entonces, al tomar una curva, lo vio.

Una furgoneta. Gris. Vieja. Aparcada en el arcén, frente a otra granja, a una media milla de distancia.

Su furgoneta.

Tan cerca, pues. Sus temidos demonios habían llegado hasta la casa del vecino más próximo.

Sophie se sorprendió por un momento de su temeridad. El alto riesgo que estaba corriendo. Matar tan cerca de su propia casa... la policía inevitablemente peinaría la zona, registrando casa por casa. Inevitablemente, darían con él.

Pero entonces lo comprendió: no le importaba. En su retorcida lógica, la misión era más importante que la precaución. Los demonios tenían que ser aniquilados, sin importar lo cerca que estuvieran. Quizá *precisamente porque* estaban tan cerca.

Su locura no conocía el instinto de conservación.

El pie de Sophie pisó el freno. El Ford patinó sobre la grava, los neumáticos luchando por encontrar agarre. La grava saltó, repiqueteando contra los bajos del coche. El coche se detuvo derrapando, cruzado en el camino.

Sophie miró fijamente a través del parabrisas mugriento.

La granja que tenía delante era todo lo contrario del horror del que acababa de escapar. De dos plantas, recién pintada de un cálido amarillo, con contraventanas blancas y un césped bien cuidado. En el jardín delantero había un parque infantil, un columpio que se mecía suavemente con el viento, una colorida estructura para trepar. En el tendedero junto a la casa ondeaba ropa de niño.

Allí vivía una familia.

Y él ya estaba dentro.

Sophie echó mano de su arma y la sacó de la funda. El dolor de su mano izquierda se reavivó al golpearla por accidente. Apretó los dientes.

Estaba sola, sin ayuda, sin refuerzos, sin tiempo para un plan, para una estrategia, para nada. Tenía que entrar y detenerlo.

Abrió la puerta del coche de un empujón y salió a trompicones a la carretera.

Luego echó a correr hacia la casa, tan rápido como sus piernas se lo permitieron.

CAPÍTULO 6

Llegó a la puerta principal y se detuvo en seco. De dentro llegaban voces, altas, desesperadas; varias personas gritaban a la vez.

Sophie levantó el arma. Con la mano herida, y apretando los dientes, empujó la puerta para abrirla.

Entró.

En la casa se había desatado el caos más absoluto.

Un matrimonio estaba en un lado del salón, acurrucados contra la pared. El padre estrechaba con fuerza a su hijo pequeño, que lloraba con la cara hundida en su hombro. Al hombre le manaba sangre de una brecha en la cabeza que goteaba sobre su camisa. A su lado estaba su mujer, con el rostro desfigurado por el pánico y las lágrimas.

Frente a ellos estaba *ÉL*.

Sujetaba a un niño, de quizá diez años. Tenía una mano clavada en el hombro del crío y con la otra le apretaba un cuchillo contra la garganta. La hoja estaba tan pegada a la delicada piel que Sophie vio un fino hilo de sangre donde ya empezaba a cortar.

—¡POR FAVOR! —sollozó la madre, extendiendo las manos—. ¡POR FAVOR, déjelo ir!

—Tengo que hacerlo —murmuró el asesino, pero su voz sonaba distinta. Insegura—. Tengo que... Las señales... las he visto...

Su mirada oscilaba entre los padres y el niño. Algo no iba bien. Algo en su sistema interno había reportado un error.

Entonces Sophie también se dio cuenta.

En la pared, detrás de la familia, colgaba un gran crucifijo de madera, artísticamente tallado. Junto a él, sobre una mesita, había una figura de la Virgen rodeada de velas. En la estantería se apilaban libros religiosos. Un cuadro enmarcado de la Última Cena. Eran cristianos. Creyentes.

El asesino miraba fijamente el crucifijo. La mano que sostenía el cuchillo le temblaba. —Pero... las señales... si yo las he visto...

Entonces se percató de la presencia de Sophie.

Giró la cabeza bruscamente, con los ojos como platos. —¿Tú...? Has escapado. ¿Cómo?

—Deje ir al niño. —La voz de Sophie era tranquila, firme, a pesar de los latidos desbocados de su corazón. Mantenía el arma apuntándole directamente, el brazo extendido, el dedo en el gatillo—. Se ha acabado.

—No. —Negó con la cabeza, atrayendo al niño más hacia sí. El crío gimió—. No, están poseídos. Tienen que...

—¡Mire a su alrededor! —lo interrumpió Sophie bruscamente. Se acercó despacio, midiendo cada paso—. ¿Ve la cruz? ¿Las figuras de los santos? Esta gente *reza*. Son cristianos. Creyentes. —Suavizó la voz, casi con dulzura—. No pueden estar poseídos. Usted lo sabe. En su... en su misión, los poseídos nunca dejarían entrar a Dios en su casa.

Él volvió a mirar fijamente el crucifijo. Su rostro se contraía; la duda luchaba contra la convicción. —Pero las señales...

—Quizá se ha equivocado —dijo Sophie con cautela, acercándose un paso más. Sin bajar el arma—. O quizá los demonios lo han engañado *a usted*. Le han mostrado señales falsas para atraerlo hasta aquí. Para hacer que matara a gente inocente.

Aquello dio en el blanco. Lo vio en sus ojos: confusión, incertidumbre, casi pánico. Toda su visión del mundo empezaba a tambalearse.

—Yo... yo estoy seguro de que... —Su mano con el cuchillo bajó mínimamente, apartándose un poco de la garganta del niño.

—Déjelo ir —repitió Sophie—. Deje que vaya con sus padres. Luego podemos hablar de esto. Puedo ayudarlo.

Él vaciló. Se quedó allí, todavía con el cuchillo en la mano, pero su agarre sobre el niño se aflojaba.

—Por favor —susurró Sophie.

Su agarre se aflojó aún más. El niño lo notó y empezó a revolverse.

—¡No, tengo que hacerlo! —gritó, yendo a por el niño, pero Sophie apretó el gatillo.

El disparo retumbó por toda la casa, ensordecedor en el espacio cerrado.

El asesino se tambaleó hacia atrás, con los ojos desorbitados por la conmoción. La bala le había dado en el hombro. El cuchillo cayó al suelo con un tintineo.

El niño se soltó y corrió hacia sus padres. La madre lo recogió, abrazándolo contra sí.

—¡Fuera! —le gritó Sophie a la familia—. ¡Salgan de la casa! ¡Llamen a la policía! ¡AHORA!

El padre asintió con vehemencia y empujó a su familia hacia la puerta trasera.

El asesino volvió a ponerse en pie.

La sangre le manaba del hombro, empapando su camisa negra, pero no parecía darse cuenta. Sus ojos estaban ahora vacíos de duda, llenos únicamente de una certeza fría y asesina.

Cogió algo de su cinturón.

Un martillo.

—¡Suelte el arma! —le advirtió Sophie, pero él ni siquiera la escuchaba. Levantó el brazo. El martillo voló por el aire, girando, un torbellino de metal y madera. Todo fue muy rápido.

Golpeó a Sophie directamente en el pecho.

El impacto le cortó la respiración, la lanzó hacia atrás. Un dolor estalló en su tórax. Se tambaleó, sus piernas cedieron y se estrelló contra un sofá.

Él se abalanzó sobre ella, cubriendo la distancia en tres largas zancadas.

Su puño la golpeó en la sien.

Sophie cayó. Su espalda chocó contra el suelo de madera, estrellas explotaron en su campo de visión.

En un instante lo tuvo encima. Se sentó sobre ella, aplastándola contra el suelo con su peso. Su puño descendió, golpeando su mejilla, luego su mandíbula.

El arma. ¿Dónde estaba la maldita arma?

Sophie tanteó a ciegas a su lado, sus dedos rozaban la madera, buscando desesperadamente. Allí, metal. La pistola. Estaba muy cerca y al mismo tiempo en el otro extremo del mundo.

Él agarró el martillo, lo levantó en alto y se dispuso a golpear; su mano se precipitó hacia la cara de Sophie. Instintivamente, ella levantó las manos para protegerse.

El golpe con el martillo impactó con toda su fuerza en su mano destrozada.

Sophie gritó. Un sonido gutural, de puro tormento. Un dolor incandescente le recorrió el brazo, todo el cuerpo, y por un instante se le nubló la vista.

Pero ahora sus dedos estaban más cerca del arma.

Se estiró, ignorando el dolor, ignorando todo excepto el metal bajo las yemas de sus dedos.

Él volvió a levantar el martillo, con ambas manos.

Los dedos de Sophie se cerraron alrededor de la empuñadura de la pistola.

—¡Lo has estropeado! —siseó—. ¡Todo estropeado! ¡Quería protegerte! ¡Te SALVÉ!

Sophie levantó el arma, la deslizó entre sus cuerpos. Justo debajo de su axila, donde terminan las costillas.

Presionó la boca del cañón contra su costado.

—¡Jódete! —espetó.

Y apretó el gatillo.

Una vez.

Dos veces.

Los disparos fueron amortiguados entre sus cuerpos. Sintió cómo él se sacudía con cada tiro.

Se le aflojó el agarre del martillo y este cayó ruidosamente al suelo.

Se tambaleó, intentó incorporarse, pero su cuerpo ya no le obedecía. Le salía sangre de la boca, de un rojo oscuro. Cayó hacia delante, todo su peso se desplomó sobre ella, sepultándola.

Sophie jadeó, intentando apartarlo.

Su boca estaba justo en su oído.

—Yo... solo quería... protegerte —susurró, cada palabra un estertor fatigoso. Su sangre le corrió por la cara, caliente y pegajosa—. Aquella vez... en la casa... los demonios te habrían... llevado... a ti también...

—No eran demonios —susurró Sophie a su vez, mientras las lágrimas le corrían por el rostro—. Solo eran mis padres.

—Yo... te salvé... —Su voz se fue apagando, apenas un hálito—. Yo... te...

Su cuerpo se relajó.

Un último estertor escapó de su garganta.

Luego, el silencio.

Sophie yacía debajo de él, bajo el peso muerto del hombre que había destruido su infancia, asesinado a sus padres y matado a tantos otros. Todo su traumático pasado yacía sin vida sobre ella, aplastándola y dejándola sin aire.

EPÍLOGO

Sophie estaba sentada en la consulta de la doctora Stone y se acariciaba la mano izquierda, ensimismada. Antes, allí había estado la cicatriz, la marca que él le había grabado en la piel en su día. Pero las heridas que se había infligido después —que tuvo que infligirse— habían borrado la antigua señal. Ahora yacía oculta bajo nuevas cicatrices. Y se alegraba por ello.

Los sucesos de la granja habían ocurrido hacía ya seis meses. Seis meses que a veces parecían seis días y a veces, seis años.

Todavía le dolía la mano. Un dolor sordo y constante que nunca desaparecía del todo. Los cirujanos habían hecho todo lo que estaba en su mano, pero había cosas que no podían arreglarse por completo. Ya no estaba plenamente capacitada para trabajar como agente de policía de calle. Ahora estaba en la oficina, archivando expedientes, contestando teléfonos, coordinando dispositivos.

Pero no pasaba nada. De verdad que no. Sorprendentemente.

—¿Sophie?

La voz de la doctora Stone la arrancó de sus pensamientos. Sophie parpadeó y levantó la vista. La terapeuta la observaba con esa mirada tranquila y paciente que tan bien conocía.

—Perdone. —Sophie bajó la mano—. Estaba... en otro sitio. Otra vez.

—Lo sé. —La doctora Stone sonrió con calidez—. ¿Cómo se encuentra hoy?

Sophie echó la cabeza hacia atrás, se quedó mirando el techo blanco, pensativa. ¿Cómo se encontraba? ¿De verdad?

—Diría que... me encuentro bien. —Se reincorporó y buscó la mirada de la doctora Stone—. Lo cual, teniendo en cuenta las circunstancias, es alucinante, ¿no?

Tras el funeral de Jack, había caído en un pozo negro y profundo durante unos días. Se había encerrado en su piso, no comía, apenas dormía. Solo se quedaba sentada mirando al techo mientras su cerebro reproducía en bucle los últimos momentos: los ojos de Jack buscándola, la sangre entre sus dedos.

Pero desde entonces... desde entonces, la cosa había ido mejorando. Lentamente. De forma irregular. Pero mejorando.

—¿Y las pesadillas? —preguntó la doctora Stone con cautela—. ¿Han vuelto?

Sophie negó con la cabeza. —Sigo soñando con mis padres. Bastante a menudo, de hecho. —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. En mis sueños mueren. Están muertos. Los veo en el suelo, igual que entonces. Pero es diferente.

La doctora Stone se inclinó ligeramente hacia delante y la miró con atención.

Sophie vaciló. —Eso es lo extraño. Es... en ese momento... —Se interrumpió, meneó la cabeza y volvió a intentarlo—. No pasa nada. —Las palabras salieron en voz baja, casi con incredulidad—. No es bueno. No es bonito. Pero... no pasa nada.

Una sonrisa insegura se dibujó en su rostro.

—¿Es una locura? ¿Que la muerte de mis padres de repente... me parezca aceptable?

—No, no es una locura. A eso se le llama asimilarlo, Sophie. Aceptación.

Siguieron hablando. Sobre Jack, sobre el sentimiento de culpa, sobre el nuevo trabajo de Sophie en la oficina. Sobre pequeñas victorias, como haber dormido del tirón por primera vez en meses.

Entonces, cuando la hora se acercaba a su fin, la doctora Stone se recostó en la silla y entrelazó las manos en el regazo.

—Tengo otra pregunta, Sophie. Si me lo permite.

Sophie asintió.

—Las respuestas que él le dio. —La doctora Stone le sostuvo la mirada—. Sobre sus padres. Sobre aquella noche. ¿Eran las respuestas que esperaba?

Sophie guardó silencio durante un buen rato. Se quedó mirando su mano llena de cicatrices, la giró bajo la luz, observando las líneas irregulares donde la piel había sanado.

—No —dijo finalmente, en voz baja pero con claridad—. No, no eran las respuestas que esperaba.

Levantó la vista y se encontró con la mirada de la doctora Stone.

—Esperaba... no sé. Que hubiera un motivo. Algo más grande. Que quizá mis padres estuvieran metidos en algo que yo no sabía. Que hubiera un secreto, una conspiración, *algo* que le diera sentido a su muerte.

La voz de Sophie se tornó más seria.

—Pero, en cambio, he aprendido que, sencillamente, *no* había ningún motivo. Ningún significado profundo. Solo un enfermo con delirios que eligió nuestra casa por casualidad.

Se rio en voz baja y con amargura. —Podría haber sido cualquier casa. Cualquier familia. Simplemente, tuvimos una maldita mala suerte. Estuvimos en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿Y cómo se siente con eso? —preguntó la doctora Stone con delicadeza—. ¿Con esa revelación?

Sophie guardó silencio un momento, respiró hondo.

—Extrañamente liberador —dijo al final, y las palabras sonaron como si la sorprendieran a ella misma—. Todos estos años he estado buscando un sentido, algo que lo hiciera explicable. Pero ahora sé que no hay sentido. A veces las cosas horribles simplemente

sucedan. Sin motivo. Sin justicia.

Se encogió de hombros ligeramente, casi con resignación.

—Así es la vida, supongo.

Una delicada sonrisa se dibujó en sus labios.

—Y, de alguna manera, eso lo hace todo más fácil. Ya no tengo que seguir buscando. Por fin puedo dejar de escarbar y empezar a vivir.

La doctora Stone le devolvió la sonrisa.

—Esa es una conclusión muy madura, Sophie.

Sophie se levantó y cogió la chaqueta. En la puerta, se dio la vuelta una vez más.

—¿Sabe qué es lo más alucinante?

—¿El qué?

—Ayer pasé por delante de la casa. La casa donde crecí. Donde pasó. —Sophie se apoyó en la puerta—. Normalmente doy un rodeo enorme para evitarla. Desde hace años. Pero ayer... ayer simplemente pasé por delante. La miré. Y era solo una casa.

Negó con la cabeza, incrédula.

—Solo una puñetera casa con la fachada azul. Ahora vive una familia allí. Ni monstruos. Ni asesinos dementes. No me derrumbé. Simplemente... la miré y seguí mi camino.

—Eso es maravilloso, Sophie.

—Sí. —Sophie abrió la puerta y se detuvo—. Sí, lo es.

Salió al pasillo soleado. Le palpitaba la mano, pero sentía los hombros un poco más ligeros.

Era un comienzo.

COPYRIGHT

Copyright © 2025 Josh Clare

All rights reserved

Coverdesign: Josh Clare

Josh Clare

c/o Block Services

Stuttgarter Str. 106

70736 Fellbach

Joshclareauthor@gmail.com
